

el arzobispo toledano, para desmerecer de tal manera en el concepto íntimo de aquel Emperador omnipotente. Nacido en Navarra, de limpia hidalga sangre; profeso en la orden dominicana de antigua y constante ortodoxia; colegial de San Gregorio en Valladolid, instituto célebre por su saber teológico; regente de sacras cátedras; maestro recibido en la Minerva de Roma; lector de Santo Tomás; teólogo en el Concilio tridentino; propuesto prelado para Cuzco y para Canarias; elegido provincial de su orden por el capítulo de Segovia; censor de libros, consultor de la Inquisicion, visitador de Oxford y de Cambridge, mitrado de Toledo, había conseguido Carranza todos los lauros propios de una gloriosa carrera y había brillado entre las almas de primera magnitud en los anales de la española Iglesia. Pero el mucho estudio, la meditacion larga, el comercio con los pensadores de Inglaterra y Flandes, la noble amistad con Victoria Colonna, el cariño y admiracion por Juan Valdés, lleváronle á pensar de luterana manera; y el desasosiego propio del que necesita la clara expresion de su pensamiento á decir con claridad lo que creia con fe. Mal hecho ciertamente por quien, desde niño, había con crueldad azuzado á la Inquisicion para su obra de muerte. Carranza en su celo delataba los heterodoxos y los vacilantes; asistia de grado, y con sus predicaciones á los horribles Autos de Fe, trasuntos verdaderos del infierno; desenterraba, como un chacal, hasta los cadáveres para cebarse inhumano en los huesos roídos por el tiempo y pesados ya en los pesos de la divina justicia. El fraile negro, como le llamaban los pobres mártires de sus desapoderadas ambiciones, perseguido por los celos implacables que contra él sintiera desde la mocedad Melchor Cano y por las envidias inextinguibles del inquisidor general arzobispo de Sevilla, Valdés, á quien había precedido en la silla de Toledo y nunca se lo había perdonado, llevaba ya una sentencia de muerte sobre sus espaldas, cuando se presentó á sostener en sus estertores postrimeros al César de la ortodoxia. Nada detuvo á sus enemigos, ni la consideracion siquiera de que un primado de España en tiempo de Carlos V debía ser como un lugarteniente del Papa y participar en cierto grado de su infalibilidad. Las sombras, que como Euménides invisibles, lo arrastraban á insondables abismos, batian ya sus alas sobre la esplendente mitra que estaba llamando los estallidos del rayo.

Cuando Quijada presentó á Carranza en la estancia de Carlos, no pudo éste reprimir un sentimiento de aversion verdadera. Su antiguo amigo abrió los brazos con dolor como si quisiera unirse al náufrago que se ahogaba; cayó de hinojos con sinceridad al pié del lecho que sostenia en sus frágiles tablas al primer hombre á la sazón del mundo; y besó aquellas flacas manos, las cuales habían llevado por cetro el eje de la tierra. Mirólo el moribundo con fijeza; y preguntóle por la salud del rey su hijo con amor; y le despidió en seguida con imperio. Las doce de la noche del día 20 iban á sonar, cuando conoció Carlos que no volveria de ningun modo á ver el nuevo sol en los cielos. Armándose de mayores fuerzas, como siempre que redoblaba el peligro, empeñó un diálogo con Quijada sobre los preparativos para el trance último y postrero. En efecto, los asistentes se arrodillaron; los cirios benditos preparados de antemano para este supremo minuto ardieron; el Crucifijo, que asiera la Emperatriz en su hora última, pasó á manos del Emperador, deseoso de presentarse ante su juez con este supremo trofeo de victoria; descorrióse la imagen de la Virgen de Montserrat, bajo cuyo amparo queria morir aquel grande hombre; y solo se oyó en el recinto, al compás del reloj que daba las últimas horas de tan grandiosa vida, el terrible resuello de la suprema y postrimer agonía.

Quijada, no sabiendo qué hacer para consolar al hombre á quien había con tanto cariño amado en este mundo, llamó al mismo arzobispo despedido por Carlos, como se llama cualquier socorro en trance de inundacion ó de incendio. Rodeaban al moribundo su confesor el padre Juan de Regla; su amigo, el conde ilustre de Oropesa, con dos de sus mas altos deudos; el gran comendador de Alcántara, D. Luis de Avila y Zúñiga; el prior de Yuste, fray Francisco Angulo, y el fiel y desesperado Quijada, cuyos sollozos se confundian con el sonido de los relojes, el rezo de los frailes, y los resuellos del moribundo. Carranza, en su deseo de consolar á Carlos, abrió el breviario, y se puso á comentar de viva voz el *De profundis* con pensamientos relativos á la muerte. ¡Oh! En ninguna parte, ni con motivo ninguno, podia de la muerte hablarse con tan maravillosa elocuencia por un arzobispo, acosado de las furias inquisitoriales, ante un Emperador, quien despues de haber poseido la tierra como propio predio y guiado la humanidad como un rebaño, caía en

el sepulcro por todo género de males herido bajo el implacable código de la igualdad natural, ni mas ni menos que los últimos humanos, convertido en sombra y ceniza, prontas á disiparse para siempre. A medida que Carranza leía y comentaba la lectura, un asombro indecible se iba entrando en todos los circunstantes, quienes se miraban unos á otros sin poder darse cuenta de cómo la herejía perseguida con tanta furia penetraba en la estancia de su perseguidor y á la hora misma de su muerte. Pero el asombro creció, cuando exaltado Carranza por los ecos de su propia palabra; ebrio con el embriagador zumo de las nuevas ideas; viendo en éxtasis el pensamiento íntimo que llevaba en las profundidades mas secretas de su conciencia; habló como el antiguo heresiarca Orígenes acerca del mal; y dijo que, muerto Cristo, estaba todo ya perdonado, y no existía ni siquiera la primitiva culpa. Secretos de la historia. El dogma de la justificación luterana era el único asidero ofrecido por el primer arzobispo español á la triste agonía del perseguidor de Lutero. Hé ahí la fuerza de las ideas. Llamaos Carlos V; naced predestinado desde la eternidad á defensor del catolicismo; reunid las primeras coronas del mundo y ponedlas como trofeos de su poder bajo las sandalias del Papa; venced en Muhlberg á los protestantes y llevad presos de castillo en castillo á sus mantenedores mas soberanos; apercibid contra el protestantismo los ejércitos mas valerosos del mundo; atizad las hogueras mas devoradoras; para que luego la idea perseguida de gente en gente, apresada en los mas hondos calabozos, consumida en las mas ardientes llamas, dispersa como un puñado de polvo, surja de súbito ante vuestro poder, y se oiga como ideal de doctrina y como bálsamo de consuelo en el supremo instante de vuestra postrimer agonía.

Todo contrariaba en aquel entonces y en aquel sitio las ideas de Carranza, todo: el César católico moribundo, el fúnebre rezo de los monjes, la sombra del monasterio tendida sobre la imperial agonía, los héroes presentes de las batallas dadas en las orillas del Rhin y del Danubio contra las ideas y los legionarios de Lutero, el Crucifijo en las manos, las reliquias por todas partes, la misa recientemente celebrada en que acababa de oirse la consagración y de verse el incienso, cuanto había y pasaba en aquel santuario de la ortodoxia católica y de la tradición española. No fué mucho, pues, que avisado

tardíamente Quijada de la imprudencia cometida, llamando al arzobispo, pretextase, para separarle del fúnebre lecho, la destemplanza de su voz, y diese la palabra inmediatamente al predicador Francisco Villalba, constreñido también á expresarse con mas fidelidad al Catolicismo por el gran comendador de Alcántara D. Luis de Avila y Zúñiga. Entonces Villalba, con los ojos puestos en las reliquias y con los brazos tendidos al Emperador; viendo la gloria celestial que se destacaba en los deslumbrantes colores del Ticiano, concentrados sobre aquel cuadro histórico, en cuya superficie se toca el éter materialmente y se ve cómo nadan en la luz divina las santas jerarquías presididas por la incomunicable Trinidad; invocó todos los santos suprimidos por la doctrina luterana y su intercesión eficaz por la doctrina luterana contrastada, para decir y asegurar al Emperador, en nombre de la mas pura ortodoxia, que con tales méritos y tantos mediadores podía estar por completo seguro de la eternidad y de la gloria. El rostro de Carlos V se apaciguó y serenó al oír en el borde oscuro de su muerte las doctrinas consoladoras que había otra vez oído en el borde risueño de su infancia. Concluida la oración de Villalba, que, según el comun sentir, excedió á su propia natural elocuencia, Carlos se tomó á sí mismo el pulso, y moviendo la cabeza dijo: «Todo ha concluido.» Los religiosos cayeron de rodillas y cantaron los salmos de la agonía. La campana del monasterio, triste y plañidera, dijo á los cuatro vientos del campo que los campesinos debían orar por un gran muerto. Quijada le colocó en la mano izquierda y le sostuvo el cirio bendito; Carranza le colocó en la mano derecha y lo sostuvo, el Crucifijo de la Emperatriz; Carlos llevó esta reliquia de religion y de amor dos veces á sus labios y dos veces á su corazón. Hecho esto, sintió que salía de sus pulmones y por su garganta se disipaba el postrer suspiro de la vida. Y aun pudo decir: ¡Jesus! antes de espirar. Eran las dos de la mañana. «¡Oh! Acabó el mas principal hombre que ha habido ni habrá,» exclamaba su mayordomo. Así murió Carlos V, concluyendo con su vida los esplendores del Renacimiento y empujando con su muerte las tristezas de la reacción universal.